

Para finalizar, Lidia Santos demuestra en el último capítulo cómo la propuesta y las técnicas *kitsch* son adoptadas y asimiladas por autores canónicos latinoamericanos, como Haroldo de Campos y Clarice Lispector en el caso brasileño, y César Aira en el caso argentino. Además, la ensayista confirma la hipótesis planteada al comienzo del estudio, en cuanto a que los recursos de lo *kitsch* y de la cultura de masas se justifican en las obras literarias como respuesta a la narrativa de tipo realista imperante en la época del *boom*.

El presente texto incorpora elementos teóricos de diverso origen con el objeto de crear un modelo apropiado de análisis de las obras literarias que conforman el corpus del ensayo. Constituye, por lo mismo, una valiosa herramienta para el crítico y el estudiante que desea conocer lo más actual en torno a los estudios culturales y, más específicamente, lo relacionado con el fenómeno de los medios masivos de comunicación en Latinoamérica.

Universidad Nacional de Colombia

Claudia Durán

Castro-Klarén, Sara (ed.). *Narrativa femenina en América Latina. Prácticas y perspectivas teóricas/Latin American Women's Narrative. Practices and Theoretical Perspectives*. Madrid: Iberoamericana, 2003. 400 págs.

Cuando se plantea la pregunta por los elementos característicos de la literatura latinoamericana escrita por mujeres, desde el punto de vista de los estudios culturales, específicamente de la crítica feminista, inmediatamente se multiplican los objetos de estudio, dentro de los cuales la obra literaria no necesariamente ocupa el lugar central. De esta forma, las condiciones por las que ha atravesado la mujer a lo largo de la historia de América Latina, su manifiesta desventaja en medio de una sociedad patriarcal, el papel que ha jugado en la formación de los estados nacionales, su relación con el Estado y su posición frente al problema de la identidad nacional, se transforman en problemas que deben ser abordados desde la teoría y la crítica literarias, junto a valoraciones estéticas o consideraciones sobre el lenguaje y las estrategias narrativas empleadas por las autoras. A partir de este enfoque, y alrededor de los temas señalados, giran los diecisiete ensayos reunidos en *Narrativa femenina en*

América Latina. Prácticas y perspectivas teóricas, escritos por críticas feministas formadas en las escuelas norteamericana, europea y latinoamericana. Desde la introducción la profesora Sara Castro-Klarén, editora del libro, deja claro que la subordinación de la mujer es uno de los factores que ha motivado la compilación de estos textos y que el estudio de la literatura femenina es parte de un proyecto más amplio emprendido por el feminismo, cuyo objetivo consiste en generar espacios de expresión y posibilidades de acción para la mujer.

Tomando como base este presupuesto, no resulta casual que la primera parte de la introducción esté dedicada a señalar las dificultades históricas por las que ha atravesado el desarrollo de una teoría feminista, a partir de los años sesenta, en su intento por lograr la resistencia de la mujer a la dominación masculina y por alcanzar su liberación a nivel político, económico, sexual e ideológico. La editora señala también la subvaloración del feminismo latinoamericano por parte de las teóricas norteamericanas y europeas, así como las diferencias conceptuales que los separan. En este punto se refiere al carácter histórico de un concepto como el de género, en torno al cual se ha desarrollado una teoría que, de acuerdo con ella, ha resultado insuficiente en cuanto a su capacidad explicativa y a los fundamentos que orienten a una acción política efectiva. Dentro de este marco de referencia, la estética, a propósito de la narrativa latinoamericana, se define por su continuidad con temas como los de género, etnicidad y justicia social. Así, comienza a evidenciarse el problema que subyace en el enfoque del texto, y que se hace presente en algunos de los ensayos que lo integran: el desplazamiento de la literatura, particularmente de la narrativa femenina, como objeto de estudio, o bien su equiparación a otros asuntos relativos a la situación de la mujer en América Latina, que desbordan el área de estudio de la teoría y la crítica literarias.

Aunque la obra literaria, en tanto producto humano, es difícilmente separable del entorno histórico y de las condiciones sociales en las cuales se produce, este vínculo con la sociedad no implica la imposibilidad de estudiar la literatura como un campo autónomo. En su artículo “La teoría de la verdad sospechosa” (2001), Diógenes Fajardo señala que esta imposibilidad surge cuando la teoría literaria, bajo los presupuestos de los estudios culturales, adquiere un carácter político, de manera que su interés se centra en la producción simbólica relacionada con el sentimiento de identidad de un

grupo humano, con sus modos de organización y con sus prácticas sociales. Esta perspectiva, “que transforma nuestra percepción de los objetos literarios al colocarlos en un contexto más amplio”, termina por anular la importancia de la literatura, salvo por los valores ideológicos o morales que promueva. De aquí que, en el caso del feminismo, se abogue por un enfoque teórico literario particular que, más allá de proponer vías de interpretación para la producción literaria, dé cuenta de la libertad y los espacios ganados para la mujer, no sólo a nivel intelectual, sino también político, social y económico. En este sentido debe interpretarse el llamado que al final de la introducción hace Castro-Klarén a la conformación de una memoria perdurable, a partir del estudio de la escritura de mujeres y la crítica feminista, y su pregunta por la posibilidad de una posterior acción sobre el mundo.

Uno de los ensayos en los que se manifiesta esta tendencia a desplazar la literatura como objeto de estudio de la teoría feminista es “Montañas con aroma de mujer: reflexiones postinsurgentes sobre el feminismo revolucionario” de Ileana Rodríguez. A propósito de la reunión en 1995 de un grupo de mujeres que habían formado parte de la insurgencia centroamericana nicaragüense y salvadoreña, y de algunas indígenas guatemaltecas, con el objeto de intercambiar relatos sobre su experiencia revolucionaria, la autora cuestiona el proyecto excluyente de una nueva sociedad, en el cual la mujer no puede acceder al poder. En el texto se pone al descubierto el carácter autoritario, masculino, del discurso revolucionario orientado a la consolidación de una sociedad de hombres nuevos, así como la ilusoria disolución de lo individual en lo colectivo. Ileana Rodríguez también hace la propuesta de una sociedad andrógina, en la cual el género no sea criterio de exclusión. La escritura es considerada aquí, no como manifestación estética, sino en la medida en que hace posible una negociación para que la mujer acceda al ámbito masculino; la escritura de mujeres se constituye así en la oportunidad para que la mujer y el colectivo subyugados encuentren un espacio de representación.

Otra forma de este desplazamiento se encuentra en “Women as Double Agents in History” de Francine Masiello. La autora hace referencia en su ensayo al relato escrito en 1848 por el intelectual chileno José Victorino Lastarria, con base en la leyenda de la vasca Catalina de Eraúso, “la monja Alférez”, que en el siglo XVI habría escapado de un convento para unirse a los soldados españoles llamados a

combatir a los araucanos en el Nuevo Mundo. El ejercicio de interpretación del texto de Lastarria no considera sus cualidades estéticas ni la problematización del lenguaje planteada por el autor. En otras palabras, el relato no es valorado en tanto texto literario, sino que se toma como pretexto para aproximarse al estado liberal latinoamericano de mediados del siglo XIX y cuestionar el desconocimiento que hace de la contribución de la mujer al proyecto republicano. El nivel simbólico del texto es tenido en cuenta para desentrañar la doble identidad de la mujer como cómplice de la ley y, a la vez, subvertidora de sus principios.

Un último ejemplo en el mismo sentido se halla en “Finding Feminisms”, escrito por Debra A. Castillo. La autora comienza por citar el ensayo de Sara Castro-Klarén titulado “La crítica literaria feminista y la escritora en América Latina” (1985), en el que se señala la ausencia de una posición teórica derivada de la lectura de textos escritos por mujeres latinoamericanas. Castillo enfatiza el llamado que hace Castro-Klarén a la acción, entendida en este caso como presencia de la mujer en la literatura de América Latina, que lleve al replanteamiento de la historia del continente y de sus sistemas simbólicos. Se hace necesario además, añade Castillo, proponer una definición amplia que permita comprender qué es un texto feminista. Desde su punto de vista, un texto trata el tema del feminismo, no cuando sus protagonistas son mujeres subyugadas o rebeldes, sino cuando intenta explicar los mecanismos de opresión, crueldad y violencia, a través de un mundo en el que se desenvuelven hombres y mujeres. De esta manera, el objeto de estudio de la teoría y la crítica literarias feministas se restringe a los textos que tengan un claro contenido de denuncia, que en este contexto adquiere prácticamente el valor de un criterio estético. Por otra parte, en el ensayo de Castillo problemas que podrían contribuir al desarrollo de una historia social de la literatura —como las estrategias literarias a través de las cuales las escritoras responden al silenciamiento y los obstáculos que ha debido sortear la mujer latinoamericana para ingresar en el ámbito de las letras—, son puestos al mismo nivel de la necesidad, por ejemplo, de redefinir y expandir la agenda feminista, con miras a una transformación social.

Una dificultad más se presenta al abordar la literatura desde los estudios culturales cuando la interdisciplinariedad es entendida no como posibilidad de intercambio, sino como anulación del campo específico en el que se desenvuelve cada disciplina. De acuerdo con

Diógenes Fajardo, en el campo de la literatura se llega por este camino a “un concepto global de discursividad y de texto” que implica el desconocimiento de “la simbolización estética, del placer del texto, de su dimensión imaginativa”. Así, cualquier tipo de discurso, siempre y cuando trate contenidos como los señalados, o cumpla el papel de espacio para la representación de la mujer, debe ser abordado por los estudios literarios, feministas en este caso. Es lo que sucede con el testimonio, que se intentó legitimar como género literario en los Estados Unidos a partir de los años 80, según afirma George Yúdice en “De la guerra civil a la guerra cultural: testimonio, posmodernidad y el debate sobre la autenticidad”. Aunque el testimonio puede constituir un recurso que se halle en la base de una obra literaria (la novela *El cimarrón* del cubano Miguel Barnet o *El padre mío* de la chilena Diamela Eltit, por ejemplo), Yúdice no hace referencia sólo a la apropiación del testimonio por parte de la literatura, sino al discurso testimonial en el sentido más amplio. Lo que valida el estudio del testimonio desde la literatura, tal como la autora lo propone en su ensayo, es que, en tanto fenómeno postmoderno, lleva a una reformulación de los parámetros de la herencia intelectual occidental y su tendencia a anular la otredad y, en esta medida, demanda un espacio para el reconocimiento de la diferencia —los relatos testimoniales de Rigoberta Menchú y Domitila Barrios serían representativos en este sentido—. La autora es por entero consciente de que esta valoración del testimonio conduce no sólo a un debilitamiento del orden de cosas moderno, sino también al de la autonomía de la literatura.

Una variante del caso omiso que se hace a la simbolización estética, al placer del texto y a su dimensión imaginativa, se percibe en el ensayo “Estéticas complacientes y formas de desobediencia en la producción femenina actual: ¿es posible el diálogo?”, escrito por Susana Reisz. En un intento por conciliar las “estéticas complacientes” —es decir, el conjunto de fórmulas que garantizan el éxito de los *best-seller*— con los “textos desobedientes”, como denomina a aquellas obras que manifiestan una preocupación clara por el lenguaje y se enfrentan a las convenciones lingüísticas, la autora termina por someter la calidad estética de una obra literaria a su capacidad implícita de crítica a la sociedad patriarcal. Aun cuando Reisz, a propósito de escritoras como Isabel Allende y Laura Esquivel, entre otras, reconoce que, a fuerza de repetición, sus técnicas de escritura han llegado a convertirse en estilos prefabricados, transige al consi-

derar las “ideas camufladas”, potencialmente críticas, que bajo esta forma cuestionan el rol social de la mujer. De nuevo, el valor de la obra queda supeditado a los valores que sea capaz de transmitir.

Es importante anotar que, si bien el objetivo de reunir una serie de ensayos en torno a la narrativa femenina latinoamericana forma parte de un propósito más amplio, concretamente de un llamado a la acción política y social feminista, en algunos de los ensayos del libro se manifiesta la preocupación por considerar la escritura de mujeres como un fenómeno propiamente literario, o por los problemas que rodean el reconocimiento de la mujer como escritora. Rafael Gutiérrez Girardot ha señalado la importancia de preguntarse por el lugar que el hombre de letras ha ocupado en la sociedad, a fin de contribuir al desarrollo de la historia social de la literatura latinoamericana. Con el mismo objetivo habría que preguntarse también por la existencia de la “mujer de letras” en América Latina. Una reflexión de esta clase se encuentra en el texto “Still Ringing True: Sor Juana’s *Early/Postmodernity*” de Stephanie Merrim. Con el propósito de mostrar la cercanía de Sor Juana Inés de la Cruz a los problemas contemporáneos, postmodernos, la autora se refiere a la situación de Sor Juana como intelectual en el contexto de un siglo XVII marcado por el desorden y las transformaciones a nivel político, social, religioso, económico e ideológico. En el caso particular de América Latina, Merrim resalta la inestabilidad de las colonias, que hace tambalear también la estabilidad de España, y en medio de la cual llegan ecos del pensamiento moderno. En medio de este ambiente Sor Juana logra establecer contacto desde el Convento de San Jerónimo con intelectuales que la ponen al tanto del desarrollo contemporáneo; por otra parte, su conocimiento del latín le permite acceder a la literatura occidental. Como intelectual, la religiosa mexicana alcanza cierto grado de autonomía que va de acuerdo con la apertura de espacios para la mujer en la esfera pública durante el Renacimiento, pero que no deja de resultar excepcional si se considera la restricción de las posibilidades de aprendizaje para la mujer de la época. Merrim enfatiza las reflexiones sobre la búsqueda del conocimiento que están presentes en la obra de Sor Juana, particularmente en su *Primero sueño*, y el juego que allí establece entre su condición de intelectual y su condición de mujer y religiosa que se presenta como obstáculo para su búsqueda.

También habría que mencionar los intentos de algunas de las autoras de *Narrativa femenina en América Latina* por estudiar las

búsquedas de las escritoras latinoamericanas partiendo de sus obras mismas. En “Tentadoras, indiferentes, apáticas: mujeres y cuerpos”, Alicia Borisky emprende una labor semejante a partir de la narrativa de la escritora chilena María Luisa Bombal. Borisky explora los enigmas sobre el deseo y la sexualidad femenina planteados en novelas como *La última niebla* y *La amortajada*. Al mismo tiempo, estudia los rasgos de la escritura de Bombal que contribuyen a crear una atmósfera de indeterminación en sus textos, relacionada principalmente con la imposibilidad de definir a la mujer. Dentro de estos rasgos se encuentran la aparente ausencia de mecanismos de seducción, la carencia de anécdotas y aventuras, y la construcción de una estructura ficcional a partir de laberintos. Con base en estos recursos, la escritora logra transmitir la sensación de apatía que acompaña a sus personajes femeninos y su dificultad para definirse como sujetos.

Por su parte, María Inés Lagos Pope en “Relatos de formación de protagonista femenina en Hispanoamérica: Desde *Ifigenia* (1924) hasta *Hagiografía de Narcisa la bella* (1985)” se centra en un tipo de narrativa específico para marcar una particularidad de la literatura escrita por mujeres. En la segunda mitad del siglo XX, dice la autora, la publicación de relatos de formación con personaje femenino se hace frecuente en Hispanoamérica, y esto no ha recibido mayor atención por parte de la crítica. Aunque cada obra ubicada dentro de este subgénero novelístico contiene unos elementos diferenciadores, Lagos Pope encuentra rasgos que remiten a unas preocupaciones similares en las autoras que en la época lo cultivaron. Al estudiar novelas como *Balún-Canán* de Rosario Castellanos, *Hagiografía de Narcisa la bella* de Mireya Robles, *La casa del ángel* de Beatriz Guido, entre otras, la autora halla las siguientes tendencias comunes: el empleo de diversos puntos de vista, el carácter fragmentario del discurso, el humor y la ironía como estrategias para desenmascarar la situación disminuida de las protagonistas, el rechazo a la madre como modelo de identificación y la presencia de la nana como portadora de unos valores diferentes. Sin reducir la interpretación de las obras a una serie de condicionantes históricos, Lagos explica esta coincidencia en el contexto de una sociedad en la que lo masculino y lo femenino se hallan claramente diferenciados, y en la cual las posibilidades de acceso a la esfera pública son mínimas para la mujer. Esta situación, sin embargo, se transforma progresivamente a lo largo de la segunda mitad del siglo y el cambio es expresado en

los relatos de formación femenina, en los que se percibe el paso hacia una mayor posibilidad para que las mujeres elijan su modo de vida.

Es innegable que la mujer latinoamericana ha debido sortear a lo largo de la historia una serie de dificultades para alcanzar su reconocimiento como sujeto social. Esta circunstancia particular, que sin duda ha influido en la forma en que las escritoras han percibido la realidad y han decidido expresarla en sus obras, no debe imponerse, sin embargo, como criterio de valoración de su producción literaria. Si bien resulta válido que la búsqueda de unas características propias de la literatura escrita por mujeres se plantee como problema a la teoría y la crítica literarias, la legitimidad de este objeto de estudio tiende a desdibujarse cuando se confunde con otros que no pertenecen al campo de la literatura, tales como la pregunta por una posibilidad de acción sobre el mundo o la transformación de las condiciones concretas de la mujer. Muchos de los problemas que atraviesan los ensayos de *Narrativa femenina en América Latina. Prácticas y perspectivas teóricas*, y que se han señalado atrás, parecen llevar a un desplazamiento de la obra literaria como centro de los estudios literarios; la escritura de mujeres es valorada entonces, no en tanto literatura, sino en tanto herramienta que contribuya a la reivindicación de la mujer emprendida por el feminismo. Esto no quiere decir que la mujer como sujeto enfrentado a unas dificultades particulares deba permanecer al margen de la literatura; se trataría más bien de abordar este problema a partir de las obras mismas, de iluminarlo con las propuestas que cada autora hace a través de su obra, a partir de un manejo particular del lenguaje, de sus estrategias narrativas, de los recursos de los que se vale para expresar su visión particular sobre la mujer y sobre su mundo. Algunos de los ensayos del texto muestran cómo, desde el punto de vista feminista, pueden abrirse nuevas posibilidades de interpretación literaria sin necesidad de caer en la exclusión de la literatura misma.